

Pequeña y vieja historia de una canción. Córdoba, Maimónides, las Cruces de Mayo, las amistades del Colegio Mayor, la Universidad habían quedado atrás meses antes. Así sin más. Circunstancias de la vida. Ahora el escenario era otro. Algo más salado y no precisamente en la acepción de zalamero. A servir al Rey. Con una letra escrita a mano, la hojilla que adjunto tiene el membrete del Juan Sebastián de Elcano. La encontré en el suelo, una noche de enero del ochenta y cuatro en el sollado de popa. Donde yo dormía con otros setenta más. Navegaba el buque de Las Palmas a Río de Janeiro. La leí curioso a la luz de aviso, tenue como una mariposa nocturna, que apenas alumbraba la bajada a la dependencia. Descubrí una letra maravillosa, de metáforas sorprendentes y que debía haber un poeta entre aquellos marineros que dormían su cansancio. Luego los observé mientras la escora del buque los volcaba -sin despertarse- contra el quitamiedos de las literas, estrechas como nichos. Ni el Zarauz, ni el Sanlúcar, ni el Blanes, ni el Carboneras, ni el Bueu, gente de la mar y manos duras de halar cabos y maniobras, aparentaban haber escrito algo en su vida que no fuera un garabato al firmar o la tachadura de una quiniela. Tal vez el Madriles, que tenía labia. Pero tampoco. Y el papel quedó guardado como testigo de aquel viaje, sin autor identificado. Muchos años después -más de veinte-, lo hice revivir al abrir una carpeta de documentos olvidados. Todos tenemos algunos. Y al igual que las cosas que nos traen el recuerdo de lo pasado amable -o que así lo recordamos-, resurgió nostálgico aquel hallazgo. Y ya existía el Internet. Interesado, me dio por buscar a algún posible registro del poema y salió la canción de Silvio Rodríguez. Y oí su música por primera vez. Y me pareció tan prodigiosa como la letra. Y supe que la compuso recordando un antiguo amor desvanecido en la distancia, pero no en su memoria. Trabajaba entonces en un bacaladero de la flota cubana, el Playa Girón, donde estuvo embarcado. Así, curiosamente, la letra llegó de un barco a otro barco. La vida tiene algo de bucle. Siempre. Por eso, aunque ni yo soy Bogart en Casablanca ni Tobi es Sam -con sus dedos de terciopelo negro acariciando el piano en el Café de Rick-, por favor, tócala otra vez. En homenaje al marinero anónimo que tuvo la delicadeza de transcribirla en mitad del Atlántico. Y yo la pude leer. Ojalá.

PD. Dado lo poco fructífera de la sugerencia musical de Tobi, a alguien le tenía que tocar romper el hielo. Espero que os guste y que algún usuario de la página web me secunde. Sería de agradecer. Tened en cuenta que, de aquí a septiembre nos quedan la tira de canciones. El Evangelio dice que cada día trae su afán. Pues nosotros cada día, una melodía. Y el repertorio de Tobi -aunque extenso y variado- tiene sus límites. Pues eso, que a ver si nos animamos un poquito y participamos, que a nuestro impulsor -ahora se diría coach- le vamos a dar una satisfacción. Más que merecida. Nobleza obliga. Saludos cordiales.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

ignaciobenju@gmail.com